



Hay dos formas de comer: se come lo que a uno le echan o se come lo que uno elige. Esta distinción hasta hace poco era válida para la gente selecta. Para unos la cuestión era llenar el estómago a como diera lugar, para otros más finos la comida era una especie de sinfonía de sabores. De cualquier forma, todos se ponían gordos. Pero hoy para las personas muy sofisticadas esta fórmula no sirve; ahora lo verdaderamente snob no consiste en comer salsas muy elaboradas sino en ingerir ritmo y filosofía. Es lo que se llama alimento Awan.

Creo que en nuestro país sólo hay un restaurante especializado en comida Awan. Yo la probé

LA COMIDA AWAN

cierto día en un viaje a Cantón de la China y luego otra vez de paso por Calcuta de la India y desde entonces en el cerebro se me ha quedado una parcela reservada sólo para recordar aquellas hierbas de la dicha filosófica. Desde entonces los objetos me emiten. Siguiendo los consejos de un camarero oriental y masticando a ritmo de vaca sagrada ingiere uno esos cardos de la felicidad, esas raíces esotéricas, esas habichuelas que sembró el dios Tato-Ling, esas hebras diabólicas endulzadas con espíritu de almendra borde, esas hojas de púrpura con jeroglífico en los

nervios del envés, esas cañas de bambú cortadas en segmentos según la tradición de la tercera dinastía y cebadas con canela de la región del sur, esas algas macrobióticas con pasta de renacuajo dorado en el lago a la luz de la luna llena. Todo eso llena un plato enorme y bien rumiado con música de flauta que te pones como el Quico.

El puchero moreno, la garbanzada, la pata de cordero merino, los rudos potajes han alimentado hasta ahora a los cristianos, y los cristianos con la digestión pesada han hecho de la Historia una sucesiva matanza. La comida

Awan es en cambio un magnífico purificador de las bajas pasiones. Te llenas la tripa de sabrosos hierbajos y los sutiles vapores suben cuerpo arriba desde el vientre hasta el seso de modo que no te quedan ganas de reñir con nadie, sino de tumbarte y ver las nubes pasar por la veleta del campanario. El alimento Awan es una comida antiguerrera, es barata porque por noventa pesetas te atiborras de filosofía y además fomenta el paro porque con el estómago tibio y exótico ves el mundo como una exposición de juguetes y no te quedan ganas de dar golpe. Encima vives cien años. Lo cual es perfecto y da tiempo para superar esta crisis económica.

VICENT

